

Puga, la novelista

Ignacio Trejo Fuentes

Aunque también publicó cuento y ensayo, además de relatos para niños, María Luisa Puga destaca sobre todo en el género novelístico. La autora mexicana, quien falleció en 2004 luego de una dolorosa enfermedad, debutó en 1978 con Las posibilidades del odio, obra atípica que desarrolla historias asentadas en un país africano y que marcaría el temple heterodoxo de su producción posterior.

Para Enrique Aguilar

María Luisa Puga (1944-2004) nació y murió en la Ciudad de México. Pasó su infancia en Acapulco, Guerrero, y en Mazatlán, Sinaloa. Luego se instaló en la capital del país. A sus 24 años salió de México para instalarse en Londres; vivió un par de temporadas en Roma, más tarde en París, Grecia, Kenia y de nuevo en Inglaterra. Durante ese periodo trashumante sólo volvió a México, específicamente a Cuernavaca, para cumplir un compromiso laboral, pero volvió a marcharse.

En sus apuntes autobiográficos de la serie *De cuerpo entero* (UNAM/Corunda, 1990) confiesa que desde pequeña se propuso ser escritora, aunque no sabía bien a bien cómo se hacía eso, con qué herramientas, lo que fue descubriendo con el paso de los años. Señala que antes de su primera obra publicada, *Las posibilidades del odio*, escribió un par de novelas que no la satisficieron del todo: ignora cuáles fueron, aunque es posible que una haya sido *Cuando el aire es azul* y, la otra, *Pánico o peligro*; pero sólo es eso, una conjetura. La autora apunta que pese a disfrutar su estancia en ciudades extranjeras siempre se sintió atenazada por la zozobra y por cierto tipo de soledad, aunque vivió rodeada de ami-

gos, novios y amantes. Sin ambages dice que era infiel y gran consumidora de marihuana, obsesa lectora (aunque no de poesía), partidaria del socialismo y de las causas feministas.

Volvió a México en 1978, justo cuando apareció *Las posibilidades*, con notable respuesta de la crítica. Se instaló con su pareja (Isaac Lavín) en Zirahuén, Michoacán, en una casa campestre que ellos construyeron y desde donde se dominaba el hermoso lago homónimo del poblado. Ahí impartió talleres literarios, y se trasladaba a otras latitudes para dictar conferencias y cursos o para ir a congresos. Coincidí con ella y con una veintena de escritores mexicanos en Eichstätt, Alemania, en un congreso de literatura mexicana.

Se sabe que durante su estancia en Zirahuén fue víctima de un secuestro, y debido a los golpes recibidos su salud se deterioró hasta confinarla a la inmovilidad: la artritis reumatoide habría de acompañarla hasta su último suspiro.

Este sucinto introito es necesario porque tiene que ver con el universo narrativo de la escritora; de un modo u otro esas experiencias fueron retomadas en sus nove-



María Luisa Puga

las y en los libros de cuentos que publicó: *Inmóvil sol secreto* (edición de la autora, 1979), *Accidentes* (Grijalbo, 1981) e *Intentos* (Grijalbo, 1987). Enseguida intentó un rastreo por su novelística.

La primera obra de María Luisa Puga, *Las posibilidades del odio* (Siglo XXI, 1979; se reeditó en la colección Lecturas Mexicanas), debe ser considerada entre las mejores de la narrativa mexicana de todos los tiempos. La llamo “obra” porque no es novela ni libro de cuentos, y no obstante puede ser ambas cosas: las narraciones parecen autónomas, aunque están unidas por una línea bien definida: ocurren en Nairobi, Kenia, y retratan las vicisitudes sociopolíticas de aquel país por medio de distintos personajes. ¿Qué tiene de “mexicano” este libro? Nada, además de la nacionalidad de la autora y que sólo dos mexicanos aparecen en escena, uno como protagonista central y otra (la misma María Luisa) de manera incidental.

Kenia, como otros países africanos, estuvo sometida durante siglos al colonialismo: los ingleses hicieron de

ese protectorado una suerte de espejo de su propia circunstancia, y se propusieron dar un orden al caos keniano (distintas tribus, diferentes lenguas, creencias religiosas incompatibles...) bajo pautas europeas, lo que creó confusión entre los pobladores (incluidos los abundantes indios, de la India), pues mientras algunos admitían sin reticencias el nuevo modelo de vida y aun lo festejaban, otros se daban cuenta de que su identidad estaba a punto de caer por la borda: grupos extremistas como los mau-mau opusieron una resistencia feroz al colonialismo, y fue debido a esa oposición como Kenia pudo, al fin, conseguir su independencia y convertirse en república. Mas las heridas, las confrontaciones interétnicas y culturales y políticas persistieron. ¿Cómo debían —podían— manejarse de manera autónoma? Ese fue el reto mayor, y por supuesto significó un rompecabezas casi irresoluble.

María Luisa Puga ofrece un panorama de tales contradicciones mediante casos particulares que pese a ello engloban el panorama: varios de los protagonistas se sienten felices de la vida por el orden imperante, y no se tientan el corazón para formar parte de él, sin importar que otros los consideren “vendidos al colonizador”, traidores y aun colonizados. Es impresionante el capítulo (o cuento, o lo que sea) donde un joven es expulsado de su aldea por asociarse con los incontrolables mau-mau, es echado con fuerza por la policía y bajo la mirada complaciente de su tío, una especie de pequeño cacique y alguacil de los “blancos”; el resultado es que pierde una pierna y se ve obligado a sobrevivir en Nairobi, la capital, en calidad de pordiosero. Siguiendo sus pasos en medio de otros mendigos y el lujo de los nuevos y modernos edificios y bajo la vigilancia de la policía vemos el lado amargo de la sociedad, pues el personaje y sus camaradas viven literalmente como perros sarnosos y sin dueño, a salto de mata, comiendo mendrugos y recibiendo patadas con o sin provocación. Doloroso panorama.

Pero en otros segmentos advertimos la complacencia con que muchísimos negros se congratulan por estar colonizados, sin darse cuenta de que su situación en apariencia cómoda está asentada sobre frágiles hilos que pueden romperse en cualquier momento, como le sucede a un oficinista que trabaja para una multinacional dirigida por kenianos: se siente feliz, intocable, y de repente es echado a patadas, y vuelve a padecer lo que vivió antes de su “bonanza”: dormir a la intemperie, en callejones sucios y siniestros, en la miseria.

Uno de los textos se enfoca en un joven africano convencido de que el colonialismo es peor que la lepra, desprecia a los blancos y burgueses y a sus mismos connacionales serviles, que ignoran que sólo son sirvientes, carne de cañón; inicia protestas, manifestaciones en contra de la situación y debido a eso es detenido por la po-

licia y luego supuestamente es asesinado por la misma. Su hermana, en tanto, que ha sido obligada por el padre cristiano y aburguesado a internarse en una escuela de monjas, de la que es expulsada por sus ideas “rebeldes” imbuidas por el hermano, va a Italia, donde descubre que su fragilidad y la de su país es mucho peor de lo que había calculado.

El valor sociológico y político de *Las posibilidades del odio* es incuestionable (el título procede del *leitmotiv* de las historias: el odio es el símbolo de esa sociedad, todos odian a todos, los blancos a los negros, estos a aquellos y además se odian entre sí), pero eso sería nada si el ojo clínico de la autora se hubiese dejado llevar por el panfleto y la vociferación: lo que Puga hizo es conservar la distancia entre lo observado y lo puesto en el papel, que tiene un alto valor estético, una capacidad para meterse al fondo de los asuntos desde una perspectiva humana, más filosófica que política, y llevarnos con ella. La prosa de Puga es fulgurante, porque no apuesta por la poeticidad ni las florituras; contiene dosis elevadas de precisión y contundencia. Es una narradora en verdad excepcional: por eso, cuando apareció su libro, los lectores, la crítica se preguntaban quién era ella, pues no se le conocía debido a su largo alejamiento del país. Por eso, sus obras ulteriores (principalmente novelas) eran esperadas con interés.

En *Cuando el aire es azul* (Siglo XXI, 1980), la autora presenta una población (que es también un pequeño país) donde todo es diferente: el aire es, literalmente, azul, de modo que altera los colores de las cosas, del paisaje e incluso de la gente. En ese pueblo los habitantes desempeñan diversos trabajos, alternándose luego de algunas semanas; de una labor específica van a otra, y luego vuelven. Es como una utópica población socialista donde no hay fricciones entre la gente ni con las autoridades que no se sabe quiénes son, aunque, eso sí, hay algunas dificultades, como la carencia de transporte. Por lo demás parecen vivir tranquilos, en paz. Los protagonistas son Tomás, que hace periodismo y quiere escribir literatura, y Marisa, joven con quien vive y que se conforma con hacer sus labores burocráticas. Otro personaje prominente es Jorge Eduardo, una suerte de sabio, aunque joven, y quien ha sido mentor de varias generaciones.

Del pueblo donde el aire es azul se sabe, de algún modo, que en algún tiempo se independizó, aunque no me queda claro de qué o de quién, y vive aislado del resto del mundo, hasta que... Los pobladores sienten la urgencia de acoplarse al mundo porque ya no pueden ser autosuficientes y se llevan a cabo asambleas para discutir la posibilidad. Ganan los que optan por el cambio y la apertura, y de pronto el lugar es invadido por turistas, por inversores, lo que cambia completamente el panorama.

Cuando el aire es azul es sólo eso, el planteamiento de una utopía, porque en realidad, en términos narrativos, temáticos, no sucede gran cosa, salvo la infidelidad de Marisa, quien se va con el profesor; o la muerte de un adolescente. Por lo demás todo ocurre de manera plana, monótona. Debo decir que María Luisa Puga mantiene el poder escritural que había mostrado en *Las posibilidades del odio*, una prosa directa, eficiente y elegante. En la novela predominan las ideas, más que las anécdotas.

Pánico o peligro (Siglo XXI, 1983) muestra de nuevo la voluntad de la escritora por no repetir sus técnicas narrativas, su discurso. Ahora es Susana, una oscura burocrata que escribe en cuadernos una relación de su vida dirigida a un lector-escucha innominado. Reitera que no le importa la literatura, ni ningún otro arte: está más involucrada en su circunstancia, en su vida; nada grata, por cierto. Quedó huérfana muy joven, sin hermanos ni parentela, y por eso se refugió en la compañía estrecha de tres mujeres que fueron sus amigas desde la escuela primaria. Ellas siguen frecuentándose hasta que la muerte por enfermedad cae sobre una, y mediante el asesinato, sobre otra. Entre tanto, ha tenido noviazgos que terminan por voluntad de ella.

Reaparece la actividad social, política, porque su segunda amiga muerta y uno de sus novios participan en actividades de esa índole en forma clandestina; Susana mira todo eso en perspectiva, le da lo mismo si sucede o no, sólo se dedica a buscar hábitats confortables y empleos mediocres “para irla pasando”. Pero sus frustraciones, que ella no advierte como tales, la sacan de su modorra y escribe para tratar de entenderse y, con ella, al mundo.

Me atrevo a decir que mucho de lo contado proviene de experiencias de la propia María Luisa, según puede colegirse al leer su breve autobiografía. Y recuérdese que su primera novela tiene mucho de su experiencia, y adelanto que ese tenor autobiográfico será *leitmotiv* en su obra por venir. E indirectamente retoma otro de los asuntos recurrentes, la extranjería, ahora por medio de uno de sus novios, quien vivió algunos años en Inglaterra y eso le hizo estar en permanente comparación entre lo británico y lo mexicano.

Sin duda, esta novela es una de las más cerebrales de Puga, pues a partir de lo que podrían parecer insignificancias desarrolla propuestas ideológicas, existenciales, de gran calibre, lo que rescata las múltiples anécdotas de la chatura absoluta. Y qué decir del control de la prosa: sencillamente magnífico. La Ciudad de México es personaje fundamental, lo que destaca y adquiere importancia si se considera que en libros anteriores, y sobre todo en otros posteriores, la capital del país deja de ser prioritaria, y sólo aparece como un espejismo, como una arraigada nostalgia: la autora se habría de ir, con sus historias y sus criaturas, a otras partes.



Pero esta faceta —el predominio de las ideas sobre la acción— se manifiesta con toda claridad (es su razón de ser) en *Las formas del silencio* (Siglo XXI, 1987). La narradora —María Luisa Puga— sin duda habla desde la madurez, cuando vive en Zirahuén, a orillas del hermoso lago y donde vivió la autora hasta el fin de sus días, y recuerda sus tiempos de infancia en Acapulco, donde vivió con su hermana y su abuela y algunas tías (el padre y los hermanos radicaban en la Ciudad de México), y repasa acontecimientos de la década de los setenta, como la pavorosa crisis económica que sacudió al país, luego los terremotos de 1985, etcétera. Quien narra escribe una novela donde aparece Juan, un capitalino un tanto raro, misántropo, amante de la ciencia y el arte. Pero en realidad no pasa nada desde el punto de vista anecdótico, se trata más bien de un ejercicio de reflexión en el que la autora expone sus ideas sobre la niñez, la muerte, el amor... Por eso, lectores poco comprometidos difícilmente seguirán la lectura, pues se vuelve monótona, sofocante: se necesita mucha voluntad para

continuar. Lo que salva a la obra de la debacle es la, a estas alturas, fina prosa de Puga: como demiurga poderosa puede insuflar vida a cosas mínimas que no la tienen, hace de lo inane algo que parece vivo, aunque no lo es. *Las formas del silencio* me parece uno de los libros menos afortunados de la autora.

De su estancia en Inglaterra da cuenta Puga en la que me parece una de sus mejores novelas: *Antonia* (Grijalbo, 1989). Si *Las formas del silencio* me decepcionó por su falta de anécdotas atractivas y por el imperio de ideas, me reconcilié con las obras de María Luisa gracias a *Antonia*.

Un par de mexicanas (una de Mazatlán, aunque vive en Estados Unidos; la otra del Distrito Federal) se conocen en el avión que las lleva a Londres: la sinaloense va a estudiar teatro, y la capitalina “a ver qué sale”. Rentan un departamento, donde luego habrán de llevar a sus novios respectivos, uno francés y el otro colombiano. Su vida transcurre sin dificultades: una asiste a sus clases de teatro y la otra trabaja en una revista. De pronto, a Antonia, la mazatleca, le descubren un cáncer de mama, y su vida y la de sus amigos se trastoca. El proceso de su enfermedad es evidente, y no mejora con la quimioterapia ni otras medidas de los médicos ingleses. Es visitada por su hermano y por sus padres, mas la enfermedad progresa y la única esperanza es una severa operación.

Quien narra todo es la chica capitalina, que no es otra que la propia María Luisa Puga. Vive perpetuamente consternada por el declive de su amiga, a quien ya considera su hermana; hace suyos sus padecimientos y sufre. Al final, Antonia muere. La historia es estrujante de principio a fin, mantiene al lector en constante sobresalto, nada que ver con el alud de disquisiciones de la novela precedente de la escritora. Hay, sí, reflexiones, en torno a la amistad y principalmente a la muerte, mas aparecen muy bien dosificadas, y lo que se impone es la tensión narrativa. Se trata de una gran historia magníficamente elaborada y mejor conducida. Sigue un orden lineal, aunque se permite algunos *flashbacks* que esclarecen los antecedentes vitales de los protagonistas. Hay asimismo paseos por Londres, por Roma, por París, lo que rompe la posible monotonía de la lluviosa y húmeda capital inglesa. El cierre de la trama es impecable, doloroso. Insisto: es uno de los mayores trabajos de María Luisa.

Y no es menor *Las razones del lago* (Grijalbo, 1990). Los hechos suceden en Zirahuén, “pueblo horroroso”, aunque engalanado por el lago del mismo nombre que deslumbra a propios y ajenos. Un joven, distinto a todos sus congéneres porque no se emborracha ni es irresponsable como suelen hacer y ser los hombres del lugar, es el protagonista central. Aunque no terminó la secundaria tiene aspiraciones de progreso, si bien teme abandonar su pueblo. La suerte lo acerca a una pareja de

capitalinos, escritores que compran un terreno en una de las colinas que circundan Zirahuén y empiezan la construcción de una casa, de la que el muchacho local se hace cargo en su papel de albañil. Se establece entre este y los foráneos una relación muy cercana, pues casi lo adoptan como hijo.

De nueva cuenta, “la señora” innominada no es otra que María Luisa: pasa el día escribiendo en su máquina portátil y fuma como endemoniada: ambos, ella y su esposo (Isaac Lavín en la vida real), escuchan música “rara”, una que no suelen oír los lugareños, van y vienen a la capital y son molestados por comuneros que aducen que el terreno donde fincan les pertenece. Esa vida tan normal se trastoca cuando, durante las fiestas del pueblo, Damián conoce a una chica a la que se propone hacer su esposa. Pero ella prefiere a uno de los amigos de aquel, y se va con él a Monterrey (parece que es traficante de drogas), pero vuelve a las pocas semanas y busca a Damián; este la acepta y se casa con ella.

Las razones del lago, a diferencia del resto de las novelas de Puga, contiene altas dosis de prosa poética, aunque bien suministradas, al grado de que sólo un lector atento, con fino oído, puede percatarse de la música que ampara a la narración. Es un contraste, además, entre la vida rural y la metrópoli; Zirahuén, como todo pueblo chico, es un infierno: chismes y maledicciones campean inmisericordes, y no obstante le dan fidelidad y vida al poblado y a sus habitantes: parece que el lector está en aquel lugar, así de vívidas son las descripciones logradas por la autora.

Imposible no señalar que todo cuanto acontece es narrado por un perro. Aquí de seguro el lector sonreirá, escéptico, pero recuérdese que una novela es como el jarrito del refrán: todo cabe en ella, sabiéndolo acomodar. Además, los conocedores afirman que para entrar en comunión con la obra y el autor, hay que poner en juego las ganas de creer. Así, sabemos que los animales no hablan, pero aceptamos las fábulas y los cuentos de hadas: se trata de que quien lee colabore. Respecto a los perros narradores, antecedieron a la obra de María Luisa Virginia Woolf (adorada por aquella, como se ve en *Antonia*), Stefan Zweig y la seguiría el puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, entre otros. El recurso funciona sin contratiempos en *Las razones del lago*, libro totalmente distinto al resto de la producción de Puga.

Una novela que retoma las obsesiones temáticas de María Luisa Puga es *La reina* (Seix Barral, 1995). La protagonista es una niña que desde muy pequeña despierta admiración por su belleza. Todo mundo la celebra y, por supuesto, es siempre reina en la escuela, en celebraciones religiosas. Se acostumbra al halago, lo ve como algo natural. Cuando adolescente, es descubierta por un grupo que hace televisión independiente, crítica, con aspiraciones de concientización social de su públi-

co. Con anuencia de sus padres, la llevan a sus talleres de televisión, a los que la chica asiste sin mayor interés. Cuando aún no acaba sus estudios es apartada de ese medio por uno de los jóvenes más activos y brillantes del grupo, quien la convierte en modelo: sus fotos inundan las portadas de las revistas, los anuncios espectaculares de las ciudades, etcétera. La enamora y se casa con ella, apartándola de su familia, del mundo.

Esa sería la trama central, aunque creo que la autora sólo la utiliza para dar rienda suelta a otras preocupaciones, como el señalamiento machacón de la desigualdad social en este país, México, la incomprensible distancia entre los desprotegidos y los beneficiados por la fortuna. Ricos y miserables constituyen un nudo ciego que parece imposible deshacer.

El equipo de la televisión mencionado asiste a huelgas y las filma, entrevista a los protagonistas y proyecta las imágenes: tratan de que la sociedad se aleccione y reaccione contra la injusticia y la barbarie. Por lo tanto, *La reina* retoma asuntos que Puga había planteado en



sus primeros libros: *Las posibilidades del odio* y, sustancialmente, en *Cuando el aire es azul*. Lo que debe agradecerse a la autora, pese a cierta ingenuidad ideológica, es que sus planteamientos están precedidos por una estética, no son por eso panfletarios ni lloriqueantes. Y *La reina* es buen ejemplo de ello, porque los reclamos de tipo social, si se pueden llamar así, son cobijados por el desarrollo bien logrado de la protagonista: cómo es seducida por el glamour, por la frivolidad; se deshace de sus vínculos familiares para sólo ser bonita, la más bella, el foco del interés general. Y su vida se vuelve vacía, hueca, al grado de que al final la vemos desamparada, intentado reincorporarse a la familia a la que había despreciado en aras de la fama.

Esta novela busca, como todas las de la autora, formas distintas de exposición, de técnica. Esta vez es uno de los hombres mayores del equipo de la televisión, quien se dirige a Ana Cecilia, la reina, en segunda persona, señalando que desde que la vio se enamoró (como todos) de ella, pese a ser mucho mayor y estar casado. El recurso funciona, e ilustra, otra vez, la preocupación de la escritora por las cuestiones técnicas, por la no repetición de fórmulas.

Pese a su título, o quizá por eso, *Inventar ciudades* (Alfaguara, 1998) se ubica de nuevo en Zirahuén, donde María Luisa Puga (llamada aquí Licha) y su compañero (Carlos) han instalado una casa en medio del bosque y muy cerca del lago esplendoroso. Sólo que ahora ha llegado a vivir con ellos la pequeña Lorenza, a quien

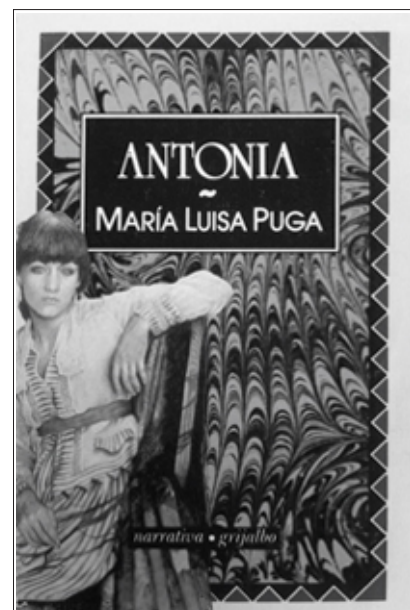
han adoptado en forma casual, casi involuntaria: a la muerte de la madre de esta (antes ha ocurrido la del padre) se hacen cargo de la niña, y eso de muchos modos perturba la vida apacible de la pareja. La atienden con esmero, la inscriben en la escuela de extraños (ella viene de la gran ciudad) y la llevan constantemente de paseo. Es, por decirlo de algún modo, una relación normal, aunque la escritora se sirve de la circunstancia para intentar un rastreo por la etapa de la niñez, sobre todo la suya: fue huérfana, como ahora lo es Lorenza, y por eso cree entender el entorno de la recién llegada, que no obstante presenta mayores dificultades: habla con sus padres muertos, una presencia inevitable; también conversa con el árbol llamado Esteban y con sus nuevos padres.

Ignoro si la adopción ocurrió en realidad o es sólo un subterfugio narrativo, ya que en novelas posteriores de Puga no se vuelve a mencionar, pero en todo caso es un buen pretexto de exploración vital. Debo confesar que si bien tiene momentos de intensidad, la novela se vuelve monótona, repetitiva, sobre todo cuando la narradora incurre en la cursilería, los juegos infantiles, por ejemplo. Y si uno entra en el ritmo de la trama advierte que, sin ser de los libros mayores de la autora, se sostiene bastante bien, en esencia debido a que refuerza el tono autobiográfico de la obra general de María Luisa, quien insiste en su fidelidad a los diálogos, a las frases cortas, telegráficas y a su ya a estas alturas magnífica elegancia escritural.

© Rogelio Cudillor



María Luisa Puga



Con *Nueve madrugadas y media* (Alfaguara, 2003), María Luisa Puga vuelve a la novela-ensayo. Se trata ahora de la visita de un joven becario que se propone seguir de cerca a escritores no para entrevistarlos formalmente, sino para ver de cerca cómo viven. La primera es María Luisa, ya sin máscaras literarias, en su casa de Zirahuén. Lo curioso es que sus encuentros son en madrugadas sucesivas, sin la presencia de nadie más, ni siquiera la pareja de ella. Es una sucesión de diálogos en los que se abordan diferentes temas, sobre todo literatura. La autora va una y otra vez a sus viejos asuntos: la niñez, su vida en otras latitudes, el temor de volver a México, sus demonios escriturales, etcétera. Un par de veces el chico intenta que ella le cuente del secuestro de que había sido víctima, mas la escritora se resiste a responder y sólo señala que fue obligada a estar a la intemperie, que fue golpeada cuando ya acusaba los síntomas de la enfermedad (artritis reumatoide) que poco después la llevaría a la tumba. En la obra hay poca acción y mucho desfile de ideas. Del lado técnico debe hacerse hincapié en que Puga exhibe, de nuevo, su insaciable búsqueda de formas expresivas: esta vez se atiene únicamente a los parlamentos, con exclusión obligada de descripciones en tercera persona y otras voces narrativas, como antes había hecho el argentino Manuel Puig en *El beso de la mujer araña*. Resalta asimismo la brevedad del libro-ensayo, más que novela propiamente dicha.

En el último ejercicio de María Luisa que conozco (tengo noticia de sus novelas *La viuda*¹ y *La ceremonia de iniciación*, pero no he podido encontrarlas pese a mis pesquisas), *Diario del dolor* (Alfaguara, 2004) refiere las circunstancias de su enfermedad, cómo la sobrellevó

postrada en una silla de ruedas haciendo complicadísimas cosas que antes eran casi insignificantes, como tender la cama, barrer, bañarse y sobre todo escribir. El dolor inclemente la atosiga, y ahora el diálogo es precisamente con el Dolor, así, con mayúsculas, que se ha vuelto su sombra con quien debe “convivir” cada momento. Es una obra que justifica el título: en verdad dolorosa, porque la autora nos involucra en su proceso de deterioro, y es acaso la más breve de sus obras, tal vez por las dificultades para mover la pluma en el manuscrito y luego en la computadora. Y de nuevo, su pareja desaparece, como casi todo el mundo: sólo ocasionalmente se menciona a médicos, y el coprotagonista es el dolor. *El Diario*, que es una sucesión de cuadros, más que una novela, tiene como eje el secuestro de que María Luisa fue víctima y que habría de llevarla a la muerte.

Además de novelas, Puga publicó cuentos ortodoxos y relatos para niños, además de ensayos sobre literatura y otros tópicos, pero me he referido sólo a las primeras porque nos muestran, aun con sus altibajos, a una escritora de alto quilataje.

¿De dónde saco eso de los altibajos de la novelística de Puga? Del hecho de que escribió obras de gran nivel junto con unas en verdad menores. Tal vez la prisa por publicar provoca esa sensación. Sin embargo, debe reconocerse, además de sus dotes narrativas, la permanencia de asuntos como lo autobiográfico, la extranjería, la preocupación por situaciones sociopolíticas, el coqueteo con el feminismo y, sobre todo, la búsqueda infatigable de recursos narrativos cada vez distintos, para no repetirse siendo ella misma el núcleo de su literatura. **U**

¹ De *La viuda* dice Carlos Rojas Urrutia: “Expone el terrible problema de ser mujer sumisa y lo que sucede al encontrar una nueva libertad en la muerte de su marido. La anécdota de la historia surgió luego de que una persona cercana a Puga, perdió a su esposo y durante

el funeral menciona una sola frase: ‘ya me cansé de ser reina madre’” (<http://www.literatura.bellasartes.gob.mx/acervos/index.php/recursos/articulos/semblanzas/167-puga-maria-luisa-semblanza>).